

## Las universidades norteamericanas y el ascenso de Trump a través de los ojos de los profesores | Entrevista con Jimena Perry

---

**Jimena Perry\***

Universidad de Iona  
New Rochelle, Nueva York, Estados Unidos

---

Entrevista realizada por correo electrónico en agosto de 2025, por invitación de la profesora Dra. **Tatyana de Amaral Maia** (Universidad Estatal de Río de Janeiro) a la profesora Jimena Perry.

- \* Profesora Asistente en la Universidad de Iona, Nueva York, Departamento de Historia. Doctorado y Maestría en Historia por la Universidad de Texas en Austin; Maestría en Antropología Social por la Universidad de Cambridge, Reino Unido; Licenciatura en Antropología por la Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia. Coordinadora de el Proyecto "Explorers" de la Federación Internacional de Historia Pública. Email: [jperry@iona.edu](mailto:jperry@iona.edu)  
<https://www.iona.edu/faculty/perry-jimena>

**Revista Maracanan.** ¿Podría presentarnos su trayectoria académica y cómo relaciona su formación intelectual con la política contemporánea de los Estados Unidos?

**Jimena Perry.** En primer lugar, agradezco profundamente la oportunidad de reflexionar sobre el tenso clima político que se vive actualmente en Estados Unidos desde que Donald Trump asumió la presidencia por segunda vez. En un contexto donde las libertades y los derechos de quienes disienten se ven amenazados, contar con espacios para expresarse resulta no solo necesario, sino urgente.

Mi formación académica comenzó con estudios en Antropología en la Universidad de los Andes, en Bogotá. Posteriormente, realicé un MPhil en Antropología Social en la Universidad de Cambridge, Reino Unido, y obtuve un doctorado en Historia en la Universidad de Texas en Austin. A lo largo de mi trayectoria profesional, me he dedicado a investigar los museos como escenarios profundamente políticos, donde se construyen y negocian representaciones de la diversidad cultural. Me interesa entender cómo se toman decisiones curatoriales y qué implicaciones tienen en las formas en que se transmite y cuestiona el pasado. Esta línea de trabajo me ha llevado a desempeñarme como curadora, editora, investigadora y docente. Considero que la combinación entre la historia y la antropología me ha permitido abordar fenómenos sociales desde múltiples enfoques, algo esencial en un mundo tan complejo como el actual.

Desde 2021, soy profesora en el Departamento de Historia de Iona University, en Nueva York. Fui contratada en el marco del esfuerzo institucional por desarrollar una concentración menor en Estudios Latinoamericanos, aprobada oficialmente en el otoño de 2025. Este proyecto responde también al compromiso de la universidad con la diversidad e inclusión, dado que más del 30% de su población estudiantil es latina o de origen latinoamericano. En mis clases abordamos temas como migración, racismo, movimientos sociales, derechos de las mujeres, infancia, comunidades afrodescendientes, pueblos indígenas y disidencias sexuales y de género. Estas discusiones, planteadas desde una perspectiva crítica e histórica, han tenido una muy buena acogida por parte del estudiantado.

En cuanto a la situación política actual, debo decir que tanto yo como varios colegas compartimos una profunda preocupación. Si bien las autoridades universitarias han reiterado su apoyo a nuestro trabajo, también nos han sugerido cautela con ciertos términos como "diversidad", "justicia social" o "derechos humanos". Hasta ahora, he podido continuar enseñando de acuerdo con mis convicciones y valores, y se nos han ofrecido alternativas que nos permiten sostener un compromiso ético con nuestros contenidos.

No obstante, en lo personal, el panorama me inquieta. Si llegara el momento en que no pudiera hablar críticamente sobre problemáticas estructurales como el racismo, la

discriminación o la supremacía blanca, me vería obligada a cambiar por completo mis materiales de clase: libros, archivos y fuentes históricas que dan voz a quienes han sido sistemáticamente silenciados. Esa transformación supondría renunciar a una práctica académica comprometida con la justicia y la equidad. Hasta ahora no he tenido que hacerlo, pero sé de colegas – en otras instituciones – que han sido despedidos o han optado por abandonar el país.

En este momento, más que nunca, es necesario actuar con firmeza, sin ceder ante presiones que socavan principios fundamentales. Las amenazas actuales no son solo administrativas o académicas: son éticamente inaceptables, peligrosas y, en muchos casos, abiertamente racistas y excluyentes.

**Revista Maracanan.** El gobierno de Donald Trump ha llevado a cabo una serie de acciones intervencionistas en las universidades estadounidenses, entre las más conocidas se encuentran las ocurridas en Columbia y Harvard. Alrededor del 15 de abril de 2025, Trump congeló aproximadamente 2 mil millones de dólares destinados a Harvard. Además, amenazó con retirar las exenciones fiscales de dicha universidad, al considerar que las universidades de élite actúan a favor de terroristas y en contra del interés público. Según la carta enviada a Harvard y publicada por *The New York Times*, la universidad no habría cumplido con las “condiciones de derechos intelectuales y civiles.” El 30 de junio de 2025, la Casa Blanca concluyó que Harvard violó las leyes de derechos civiles, según lo reportado por *The New York Times*. ¿Cómo percibe usted las acciones de Trump y el simbolismo detrás del ataque a esta universidad?

**Jimena Perry.** El ataque a las universidades en Estados Unidos resulta profundamente inquietante. Cuando el gobierno de Donald Trump comenzó a arrestar estudiantes en marzo de 2025 por haber protestado contra Israel el año anterior, se intuyó que algo grave se avecinaba. Sin embargo, pocos imaginaron la magnitud de lo que estaba por venir. Como profesora, siempre he concebido la universidad como un espacio fundamental para la crítica, el debate y el aprendizaje. Es precisamente ese ejercicio lo que da sentido a nuestra labor docente. Por eso, presenciar cómo se debilitan estos principios no solo resulta alarmante, sino también profundamente doloroso.

El mensaje simbólico es contundente: la historia oficial de Estados Unidos debe ser dictada por el Estado, y quienes presenten visiones alternativas serán considerados traidores y castigados en consecuencia. Esta lógica es esencialmente fascista. El historiador argentino Federico Finchelstein, al analizar el fascismo en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, explicó que dicha ideología privilegiaba la intuición por encima de la reflexión crítica, proponía una transformación civilizatoria global y se presentaba como una alternativa a lo que percibía como la “barbarie liberal”. Para los fascistas, las tradiciones nacionales eran expresiones del

alma colectiva y auténtica del pueblo, en contraposición a la artificialidad del pensamiento liberal.<sup>1</sup> Frente a este panorama, urge investigar cómo llegamos a este punto. ¿Cómo permitimos que ideologías tan peligrosas volvieran a ocupar un lugar central en el discurso público? Está claro que nunca desaparecieron del todo y que siempre han tenido simpatizantes. Pero hoy enfrentamos una nueva forma de fascismo: renovada, sofisticada, estructurada y sumamente nociva. Comprenderla exige una mirada abierta y crítica, que reconozca las continuidades con el pasado sin caer en reduccionismos.

El ataque sistemático a la universidad transmite una advertencia clara: siguiendo la lógica de “quien no está conmigo está contra mí”, quienes se atrevan a cuestionar la versión oficial se enfrentarán a consecuencias graves. Esta política atenta contra las libertades fundamentales y contradice los principios de una república democrática constitucional. Detrás de estas medidas se esconde un temor profundo a la diferencia. Si las voces históricamente marginadas ganan visibilidad, los responsables de abusos deberán rendir cuentas. En la lógica del trumpismo, eso significa comprometer privilegios, asumir responsabilidades y enfrentar reparaciones. En este contexto, el único pensamiento válido parece ser el de un hombre blanco, rico, misógino y racista que busca consolidar un imperio donde su palabra sea incuestionable.

Ya estamos viendo los efectos: algunos estudiantes han sido sancionados, sus títulos retenidos por ejercer su derecho a protestar; las deportaciones arbitrarias se han vuelto cotidianas; y la creación del centro de detención conocido como “Alligator Alcatraz” – ubicado en el antiguo aeródromo Dade Collier, en los Everglades, Florida, construido en solo ocho días y con capacidad para cinco mil personas - revela la falta total de espacios para el diálogo, el conocimiento crítico y la deliberación pública. En este clima, la universidad como lugar de pensamiento libre está bajo asedio.

**Revista Maracanan.** A diferencia de lo ocurrido en la Universidad de Columbia, Harvard se convirtió en la primera universidad de Estados Unidos en rechazar públicamente las exigencias del gobierno el 14 de abril de 2025, acusando a la Casa Blanca de intentar “controlar” a la comunidad universitaria. ¿Cuál es su opinión sobre el papel protagónico que asumió Harvard en la resistencia a los abusos de Donald Trump, al negarse a aceptar de forma inmediata la intervención del actual presidente de EE. UU.?

---

1 Federico Finchelstein. *Breve historia de la mentira fascista*. Spanish Ed. Buenos Aires: Penguin Random House; Grupo Editorial Argentina, 2021, pos. 40. [Kindle edition].

**Jimena Perry.** Debo reconocer que apoyo firmemente la postura que ha asumido la Universidad de Harvard frente a los recientes ataques del gobierno federal, aunque no puedo negar que me ha sorprendido. El recuerdo del escándalo de 2019, cuando Lorgia García Peña, académica dominicana-estadounidense y única Afrolatina en camino a obtener *tenure* en su división, fue rechazada a pesar de contar con numerosos reconocimientos y un respaldo académico contundente, aún pesa. Aquel episodio generó indignación generalizada: más de cinco mil firmas en una carta abierta, cientos de académicos expresando su apoyo, y un simposio de ocho horas que puso sobre la mesa el lugar de los estudios étnicos dentro de la institución. Aunque un panel interno identificó señales claras de discriminación estructural, Harvard optó por no reabrir el caso. García Peña presentó una queja ante la Comisión de Discriminación de Massachusetts y más adelante fue contratada con *tenure* por Tufts University en 2021. Ese momento dejó una marca profunda en la reputación de la universidad. Por eso, aunque hoy su reacción frente a las amenazas del gobierno de Trump es digna de admiración, también invita a una reflexión crítica sobre su evolución institucional.

Es importante tener en cuenta que Harvard es una universidad privada con una red de donantes extremadamente poderosa e influyente. Este factor sin duda incide en su capacidad de respuesta: puede resistir presiones externas de manera mucho más efectiva que una universidad pública. Utilizar ese privilegio para defender no solo los derechos de su comunidad, sino también los principios democráticos del país, es digno de reconocimiento. La administración Trump congeló cerca de tres mil millones de dólares en subvenciones y contratos federales, y amenazó con eliminar otros setecientos millones destinados a la investigación, acusando a la universidad de no haber abordado de forma adecuada las denuncias de antisemitismo en el campus. En junio de 2025, el gobierno emitió una notificación formal por supuesta violación del Título VI de la Ley de Derechos Civiles, advirtiendo sobre la posible suspensión total de fondos federales, incluidas las ayudas estudiantiles.

En una ofensiva sin precedentes contra su autonomía académica, el gobierno también presentó demandas legales contra Harvard, y el Departamento de Seguridad Nacional emitió citaciones para acceder a los registros de estudiantes internacionales. Además, el Departamento de Educación, junto con el Consejo de Acreditación, presionó para revocar el estatus oficial de la universidad si no modificaba su tratamiento hacia estudiantes israelíes y judíos. Se revocó de manera temporal el certificado SEVP, lo que bloqueó nuevas admisiones de estudiantes extranjeros. Harvard logró frenar esta medida mediante una orden judicial de emergencia.

Ante estos embates, la universidad no ha permanecido pasiva. Ha iniciado acciones legales contra el gobierno, movilizado sus fondos de reserva y recurrido a préstamos por 750 millones de dólares, además de destinar 250 millones más para garantizar el funcionamiento institucional. Aunque algunas donaciones han disminuido, especialmente desde ciertos

sectores judíos tras el conflicto en Gaza, Harvard ha mantenido una posición firme. Una moción judicial permitió suspender temporalmente la restricción al programa de estudiantes internacionales. Asimismo, cerca de doce mil exalumnos firmaron un *amicus brief* en apoyo a la universidad, y otras instituciones como Princeton, Yale y Columbia también manifestaron su respaldo. Diversos analistas advierten que, si Harvard no prevalece en los tribunales, el impacto negativo sobre la educación superior en Estados Unidos podría ser irreversible.

A pesar de las críticas que en su momento expresé por la forma en que se manejó el caso de Lorgia García Peña, reconozco que Harvard se ha transformado en un referente clave de resistencia frente a los ataques autoritarios. Cada vez que escucho al rector Alan Garber me impresiona su compromiso con los estudiantes, la libertad académica y la defensa del pensamiento crítico. No ha cedido ante la presión y continúa respondiendo con firmeza. Hasta el momento, ha sido la única universidad que ha sostenido una oposición clara y consistente, y creo que otras instituciones privadas deberían seguir su ejemplo y unirse en defensa de la democracia, la autonomía universitaria y los derechos fundamentales.

**Revista Maracanan.** ¿Cómo percibe usted el impacto de las acciones del gobierno de Trump en la universidad en la que enseña e investiga, tras las amenazas de intervención en dos de las universidades más importantes del país (Columbia y Harvard)? ¿Ha habido cambios en el ambiente entre los profesores? ¿Los estudiantes extranjeros se han sentido incómodos? ¿Ha sufrido transformaciones profundas el clima en las clases y en el campus?

**Jimena Perry.** Como mencioné antes, en medio de este ambiente tan cargado, me considero afortunada. Trabajo en una universidad privada, católica y pequeña, lo que, en cierta medida, nos permite mantenernos al margen del escrutinio general. Aunque sé que no es lo ideal pasar desapercibidos, en las circunstancias actuales eso nos ayuda a conservar cierta tranquilidad. Hace algunos meses, las directivas de mi universidad enviaron un comunicado indicando que debía evitarse el uso de términos como “diversidad”, “justicia” o “derechos humanos” en el aula. Hubo reuniones, se generaron acuerdos, pero, curiosamente, a la semana siguiente nos informaron que esa restricción quedaba sin efecto y que podíamos seguir con nuestras clases como siempre. Aun así, nos pidieron evitar confrontaciones con los estudiantes y ser cautelosos con nuestras palabras. Ese vaivén generó confusión, pero ahora lo interpreto como parte de una estrategia más amplia: la producción deliberada de incertidumbre. En medio del caos, las derechas autoritarias encuentran terreno fértil.

A pesar de ello, sigo adelante. En clase abordo temas como racismo, memoria histórica, derechos humanos, supremacía blanca y las luchas de grupos marginados. Hasta ahora, la universidad no ha intervenido en mis contenidos, aunque sí me siento inquieta. He optado por centrarme más en las fuentes, limitar las opiniones personales y mantener un tono analítico. Esta precaución responde al hecho de que, si bien en mis cursos no ha ocurrido, en otros

espacios los estudiantes se han quejado de que algunos profesores critican a Trump. Incluso, algunos padres han llamado a la institución exigiendo explicaciones sobre esas intervenciones. Es algo que aún me cuesta creer. También he visto distintas reacciones entre mis colegas. Algunos han optado por evitar cualquier discusión política en clase, mientras que otros, como yo, seguimos abordando los temas con evidencia y cuidado. No podemos ignorar que vivimos en un país profundamente polarizado, y los estudiantes, naturalmente, preguntan. Cuando lo hacen, respondo con honestidad, y si me solicitan mi opinión, la comparto con claridad y responsabilidad.

En general, los estudiantes se muestran cautos, aunque no indiferentes. En el campus no hay manifestaciones visibles, pero los clubes estudiantiles han sido espacios importantes para la reflexión. Por ejemplo, los estudiantes latinos organizan encuentros para mantenerse informados, y otros grupos han realizado actividades sobre los acontecimientos recientes, aunque con poca publicidad. Incluso ha habido sesiones para discutir cómo actuar si agentes de inmigración llegan al campus. Aunque eso no ha ocurrido, algunos docentes hemos planteado el tema, conscientes de que debemos estar preparados. Afortunadamente, nuestros estudiantes no han reportado incidentes hasta ahora, pero en otras instituciones, algunos jóvenes han sido detenidos e interrogados al salir del campus. Es una situación verdaderamente alarmante.

En lo personal, creo firmemente en la necesidad de mantenernos unidos y protegernos mutuamente. El campus de Iona tiene una dinámica particular: muchos estudiantes trabajan o viajan largas distancias, y quienes viven allí suelen estar ocupados. Esto, entre otros factores, explica la escasa participación en protestas. Al principio, esta situación me preocupaba y pensé que se trataba de apatía. Pero al hablar con colegas y con los propios estudiantes, entendí que no es falta de interés, sino una forma distinta de expresar sus preocupaciones. Están informados, participan en discusiones en clase y encuentran formas más discretas de involucrarse. También he notado que algunos estudiantes extranjeros se sienten incómodos, aunque cuando descubren que soy latina tienden a relajarse. La diversidad en el campus favorece la solidaridad, pero también hay presencia de estudiantes que simpatizan con posturas racistas o autoritarias. Eso hace que muchos se cuiden de expresar lo que piensan.

El clima es de ansiedad, de vigilancia constante, pero también de resistencia. Persistir es una forma de oposición. Hablar de historia, cuestionar, debatir, es más necesario que nunca. La historia no es solo una cronología de eventos; es un espacio de disputa y reflexión, pero hoy el silencio se impone no solo en mi universidad, sino en muchas otras. El temor a perder el trabajo o incluso a ser arrestado paraliza a muchos. Siento que no hay una respuesta sencilla para esta situación. Lo que estamos viviendo, fascismo, parecía superado, y, sin embargo, ha regresado con fuerza. Es profundamente desalentador comprobar que la intolerancia, el racismo, la violencia, el machismo y una ética autoritaria han vuelto a ser legitimadas. La democracia, en este escenario, parece una idea cada vez más frágil. La gran pregunta – cómo

llegamos hasta aquí – deberá ser analizada por historiadores, humanistas y científicos sociales durante muchos años.